



## CAPÍTULO XV.

*Como Teron el capitán de Cataluña movió guerra contra los vecinos y sacerdotes de Cádiz, pidiendo las preseas que Taraco les hubo dado, sobre lo cual estas dos gentes pelearon en la mar una batalla famosa, donde concurren pasos y misterios mucho señalados y notables.*

Cobró tanto crédito la persona de Teron el español catalán por haberle sucedido bien el negocio contra Taraco, que si los naturales de su tierra le reverenciaban y tenían en precio, mucho mejor y más de voluntad lo hacían todos los otros españoles comarcanos. Y como las cosas de virtud acabadas animosamente traían osadía justa para principiar otras mayores y llevarlas adelante, resultó de esto, que Teron, acordándose de las preseas y despojos enviados al templo de Cádiz, por sus enemigos los egipcianos y negros, en reverencia del dios Hércules, parecióle no quedar su recuesta perfectamente concluida si los tales despojos no se restituiesen á cuyos eran; para lo cual escogió luego número de galeras las más reparadas y las más firmes que pudo hallar en todos aquellos puertos. Escogió también hombres cursados en la mar, así de pelea como de servicio; guarneciéndolos con armas y con todo buen aparejo, según lo podían tener y saber en aquel siglo, publicando manifestamente por aquellas tierras querer emprender la conquista de Cádiz, y que ganada victoria tendrían muy cierto grandes provechos y riquezas cuantas personas en ello se hallasen. Juntado, pues, y proveído muy en orden lo conveniente para su determinación, es de creer que haría mensajeros á los fenices poseedores del templo, pidiendo lo que pretendía por buenas palabras ántes de llegar en rompimiento, dado que ni nuestras historias ni las peregrinas que de esto hablan hacen memoria de ello, ni ménos de la respuesta que los de Cádiz le tornasen; solamente dicen que metido Teron á la mar, y continuada su navegación contra las marinas occidentales de España, sin se detener en alguna parte, los de Cádiz le salieron al encuentro no ménos pujantes y bien armados que pudiera venir cualquier otra nación de su tiempo, favorecidos de cuantas ayudas y gentes moraban por aquellos derredores; las cuales dan á sentir nuestras crónicas haber sido muchas, porque los de Cádiz publicaban venir Teron á ellos movido por las furias infernales, en menosprecio de la divinidad y poderío del santo dios Hércules, para destruir sus templos

y lugares benditos, donde las provincias comarcanas y muchas de las extranjeras mediante la devoción que tenían allí puesta, hallaban remedios y consuelos de sus adversidades cuando les acontecían, y que todos, así naturales y vecinos de la isla, como sus confines y comarcanos, debían resistir á tal enemigo común, y salir á la defensa, pues de todos era cosa propia.

Llegados aquí los unos y los otros, la batalla se comenzó mucho reñida, trabándose los navíos en todos cabos y dañándose cuanto podían, y como quiera que las galeras de Cádiz eran mayores y de más combatientes, aunque no tantas en suma cuantas eran las de Teron, perseveraron muchas horas en peso sin reconocerse ventaja por alguna parte; todos hacían su deber y todos esperaban la victoria matando y muriendo con ánimo demasiado, cuando súbitamente sin lo pensar ni ver á causa de mejoría, las fustas de Teron se comenzaron á remolinar y poco despues, vueltas las proas y remando lo posible, se pusieron en huida. Quedaron atónitos los de Cádiz en ver esta flojedad á tal tiempo, dentro del cual no sólo tuvieron á buena dicha hallarse libres de tan gran afrenta si no holgáran de la redimir con mucha parte del interés que se les pedía. Lo que más hubo de maravillar en el caso, fué que yendo huyendo las fustas vencidas, y aun ántes algún poco que huyesen, la mayor copia dellas casi de improviso fueron abrasadas y consumidas sin les echar fuego los de Cádiz, ni tener aparejo con que lo hiciesen. Allí dió fin á sus días Teron con todos sus aficionados y parientes y más toda la resta que le seguía, sino fueron algunos pocos tomados en prision, á quien despues los de Cádiz, alegres de tan gran vencimiento, preguntaban la causa por qué las fustas habían huido, no les haciendo premia bastante ni teniendo más daño por aquellas horas que lo tenían sus adversarios. Respondieron los prisioneros ser gran verdad que los de Cádiz en este punto no traían ventaja ni la pudieran traer según la voluntad con que los acometieron, y según el interés que pretendían de la victoria; pero que sobre cada proa de sus galeras, allende ser grandes y fuertes, habían parecido ciertas figuras de leones ferocísimos, los cuales echaban de sí rayos encendidos contra las galeras de Teron, como suelen pintar en la cabeza del sol muy resplandecientes, los cuales rayos habían encendido toda la flota quemando los hombres y deslumbrándolos y destrozando todo su denuedo. No puedo yo bien conjeturar si los tales prisioneros tendrían por cierto lo que decían,



ó si los de Cádiz (según eran cautelosos en acarrear semejantes milagros á su templo, para conservar la gente vulgar en aquella devoción vana de su dios Hércules) los forzasen á publicar esto; pero de cualquier modo que fuese hallo personas antiguas tenidas en mucho crédito, que sólo por éstos rayos allí parecidos semejantes á los del sol, publican en sus libros ser aquel dios Hércules el mismo sol, y que los griegos no por otro fin al sol decían Apolo del sobrenombre que daban al dios Hércules, como ya lo señalamos en el treceno capítulo del primer libro, y también el otro nombre de le llamar Heraclis, que pusimos en los treinta y cinco capítulos del sobredicho libro querían decir gloria del aire, mostrando la propiedad verdadera del sol, en dar claridad y resplandecer esta sustancia del aire donde respiramos y vivimos que no puede tener igual alegría ni gloria que su claridad, ni mayor tristeza que su falta, cuando lo deja con oscuridad y tinieblas. Los sacerdotes de Cádiz largos años despues, no satisfechos en hacer sol á su dios Hércules, trataban en esta razón una filosofía discrepante de todas las otras gentes: algunos autores latinos hacen dello memoria, puesto que no declaran proceder de la doctrina de Cádiz antigua, como lo declara Juliano diácono.

Decían, pues, que la divinidad y nombradía de muchos dioses derramados y reverenciados entre pueblos y naciones peregrinas, aunque pareciesen diversos, era tomada de este dios Hércules llamado Sol, y que por esto los unos le decían Marte, otros Lemio, otros Pean, otros Libistino, otros Loxias, que quiere decir encorvado, por el cerco torcido de su movimiento, otros Delio, otros Febo, hartos Patroo, que significa hacedor y padre de todas las cosas, otros Corrompedor ó Pithio, porque como la cria las podrece con su calor; otros Didimeo, por salir de él dos resplandores, uno de la luna, y el otro suyo propio. Algunos griegos antiguos le decían Delfio, por ser único y sólo, la cual unidad en su lengua vieja solían llamar Delfon; en algunas partes le llamaban también Dionisio, muchos Ébona, muchos Faneta, otros Mercurio, otros Esculapio, otros Serapin, otros Adónis, otros le decían Attis, los asirios Adad, que quiere decir único, y aun algunos hubo que dijeron ser Pan y Saturno, y el poderoso dios Júpiter á quien todos los dioses obedecían. Vanidades eran estas y cosas de burlería, pero tan creídas y tan estimadas en aquella ceguera de la gentilidad, que los ancianos fundaron allí muy gran parte de su religión, y pensaban consistir en ello la principal noticia de los

misterios celestiales. Quisimoslo tocar en este lugar de pasada, sobre la razón arriba dicha, porque nuestros españoles perseveraron en algo de ello todos los tiempos de su gentilidad, hasta que recibieron el conocimiento de la santa fe cristiana, que les descubrió todos aquellos desvarios y los deshizo y consumió, dando con ellos al traves. Tornando, pues, al artículo de Teron y de su muerte, declaran las historias haber quedado tan ufanos con ella los fenices de Cádiz, y sus dependientes cuantos residían por el Andalucía y en la ciudad y templo nuevamente fundadas allá dentro, que si primero hacían tiranías y males con alguna disimulación, comenzaron á las obrar harto más declaradas, mostrando tener en poco la contradicción y resistencia de todos sus confines y comarcanos, aunque con ayuda de ellos habían ganado tan importante victoria.

## CAPÍTULO XVI.

*Cómo despues de pasado lo de Teron, ciertas gentes africanas llamadas los cartagineses, hicieron salto por las islas españolas por nuestro mar Mediterráneo; declárase cumplidamente quién fueron estos cartagineses, y todo su principio y sucesión.*

No sólo parece que los negocios españoles tuvieron aquellos días novedades y trabajos con la venida de naciones forasteras y con las discordias recrecidas entre su gente, sino también las islas del mar Mediterráneo, pertenecientes á la jurisdicción española padecieron inconvenientes y mudanzas de la misma calidad, particularmente las que llamamos ahora Mallorca y Menorca, Ibiza y la Formentera, donde pocos años despues de vuelto Taraco en Egipto, saltaron ciertas gentes africanas llamadas los cartagineses, parientes muy propincuos, y de la misma casta y linaje donde procedieron los fenices de Tiro residentes en Cádiz y en el Andalucía. Estos cartagineses ó sus progenitores, muchos tiempos ántes habían también salido de la ciudad de Tiro, y morado por aquellas partes africanas, donde todos crecieron en prosperidad y señorío. Desde allí (como dije) despacharon gentes y navíos para que tomasen las dichas islas si pudiesen. Mas porque lo tal mejor se pueda saber, y mucho de lo siguiente que de ella dependerá, la crónica quiere contar aclaradamente los principios y la venida de estos cartagineses en Africa, con los motivos que tuvieron para tentar la demanda de las islas españolas.

Así fué, que pasado un año cumplido, cuando las flotas de Sidon y de Tiro hicieron la





jornada española, de quien ya hablamos en el sexto capítulo de este libro, donde sacaron la cantidad espantosa de plata y oro que se derriñó con el encendimiento de los montes, una dueña poderosa, vecina de la misma ciudad de Tiro, llamada Elisa Dido, salió della huyendo secretamente con muchos tesoros y con muchos allegados de su casa. Ésta fué mujer de Siqueo, que sospechamos ser aquel mismo que ya declaramos en otra parte venir por capitán de los fenices en la primera jornada cuando llegaron en España, el cual era muerto por aquellos días que su mujer salió huyendo de Tiro; y aun (según todos presumían) habíalo hecho matar Pigmaleon, hermano de esta mujer Elisa Dido, por codicia de le tomar los tesoros que de España trajo. Parece también que Pigmaleon debió ser el otro capitán de la jornada segunda que poco después los fenices acá hicieron, cuando postreramente dijimos haberse metido con ellos en Cádiz, porque los nombres son todos unos y los tiempos no discrepan, ni los acontecimientos ni conjeturas de la crónica lo contradicen, para que no pueda ser el mismo. Muerto Siqueo, quisiera Pigmaleon matar la mujer, aunque era su hermana, por saber muy averiguado que todas las riquezas habían quedado con ellas y tenerlas escondidas. Así que, por huir de tal peligro, ella salió de la ciudad de Tiro bien proveída de navíos y gentes, en cuya compañía, dice Silio Itálico, que vino también cierto caballero su natural, nombrado Barca, de quien procedieron unos capitanes llamados por sobrenombre Barcinos, que como veremos adelante, mantuvieron muchos años después grandes competencias entre nuestros españoles. Añaden algunos cronistas éste ser hijo de Barca, mujer anciana que crió á Siqueo, ya difunto, marido de Elisa Dido, la cual Barca también seguía aquel viaje llena de días y de vejez. Otros escritores más diligentes platican el principio de tal linaje Barcino por otro modo diverso, que señalaremos después en el tercer capítulo del tercer libro. Metidos, pues, á la mar, con próspero viento llegaron á la isla de Chipre, que cae no muy lejos de Tiro, donde tomaron sacerdotes y personas de religion, cuales convenían para las ceremonias y sacrificios que las gentes usaban en las plegarias de sus ídolos; y porque junto con esto la flota llevaba falta de mujeres, Elisa Dido mandó cautivar de pasada hasta ochenta mozas, las que más presto se pudieron haber en Chipre, para que con ellas se conversase y acrecentase la generacion de su gente si en alguna parte hiciesen asiento. Desta manera prosiguieron todos el viaje, llevando sobre los

mástiles de sus fustas las banderas y divisas que las otras flotas de Tiro traían, porque como fuesen á la sazón casi señores de la mar, en ningún puerto les impidiesen la llegada. Con estas diligencias y con publicar que llevaban grueso trato de mercadería, según que las otras gentes de Tiro y de Fenicia comúnmente traían, aportaron en las riberas de Libia, que son en África fronteras á la isla de Sicilia, poco más occidentales, y tomaron puerto cerca de donde hallamos ahora la ciudad de Túnez, casi dos leguas primero que lleguen á la parte donde nuestros mareantes llaman el puerto de Farina, porque como ya dijimos en los treinta y nueve capítulos del primer libro, había por allí cierto pueblo llamado Carchedon, fundado muchos años antes que esta señora viniese, por dos capitanes también fenices de los muy antiguos, el uno llamado Zaro y el otro Carchedon.

Y puesto que desde aquellos tiempos los sucesores de estos anduviesen ya muy mezclados con los africanos de Libia, que fueron siempre gente guerrera, feroz y denodada, tuvo crédito Elisa Dido, que vistos sus tesoros y descubriéndoles ser ella y sus compañías de la casta y antigüedad de los mismos que principiaron aquel pueblo, hallarian en Carchedon muy buen recibimiento, dado que pudieran ir á otra ciudad que también era de fenices en la misma costa de África, bien cerca de allí, nombrada Utica, que pocos años antes fué poblada por otros mareantes de la misma ciudad de Tiro; pero recelaron que si tomasen allí puerto, los ciudadanos los tomarían presos y los enviarían á Pigmaleon su hermano, como á señor principal de Tiro, á quien siempre los uticensés reconocieron acatamiento y veneracion. En España no quisieron venir, porque sospechaban que muy presto darían allí vuelta las flotas de Tiro, como lo hicieron á la verdad el año siguiente con propósito de residir en ella y ocuparla por todas las partes que pudiesen; y si las tales flotas venían y los hallaban acá, no podían por ninguna vía escapar de ser presos. De manera que llegada Elisa Dido en esta población de Carchedon, dióse tan buena maña para ganar la voluntad de sus vecinos, y fué tanto quista de todos ellos, que muy poco después les acometió con ruegos afectuosos, le vendiesen junto á la ciudad tanta tierra para los suyos y para sí, cuanto pudiesen ocupar con un cuero de buey desollado, ofreciéndoles en pago desto mucha suma de oro: prometiéndoles también á los africanos de la comarca cierto tributo perpétuo que pagarían todos los años venideros ella con sus descendientes, porque



no se lo contradijesen. Parecióles en el principio á los de Carchedon que debía ser algún destino lo que esta dueña pedía, pues tan poca tierra como con la piel se ocupase, no sería provechosa de nada para los fenices de Tiro nuevamente llegados, ni podían dañar tampoco á la ciudad aunque se lo diesen. Mas como Dido todavía porfiase en su demanda, fácilmente le otorgaron la tierra que dijo, tomando por ella precio de oro en cantidad. Ella, como fuese prudente y sagaz, hizo buscar un cuero de buey mucho grande, y cortándolo todo en correas cuanto más delgadas fué posible, mandólas coser unas con otras, de que se hizo una correa mucho larga, con la cual rodeó un circuito de tierra bien espacioso, donde labró después una muy buena fortaleza para se meter en ella con su gente, la cual fuerza después fué nombrada Birsa, porque en el lenguaje de los fenices Birsa es lo mismo que correa. Desde la fortaleza sobredicha comenzó Elisa Dido á comunicar poco á poco la ciudad de Carchedon, y derramar su poder en las provincias comarcanas, así por la tierra como por la mar, donde vino á creerse lo que muchos historiadores escriben, cuando dicen esta mujer haber sido la que primero edificó la tal ciudad desde los fundamentos, y cuanto á la razón del nombre de Cartago que tuvo después, unos dicen haber sido corrompido por tiempo, y en lugar de Carchedon llamarse Cartago, puesto que los griegos siempre la dijeron en sus escrituras el nombre primero de Carchedon: otros afirman que la misma señora le mudó la nombradía primera y la llamó Cartago, porque su padre se llamaba Cartago. Dicen otros, que por haber ella nacido en un pueblo nombrado Carta, sujeto á Tiro, que fué la primera parte donde se hallaron las pastas ó confecciones de papel para escribir, aunque diverso del que tenemos ahora, cuyas hojas y pedazos llamamos cartas hasta el día de hoy. Mas como quiera que fuese, muy cierto sabemos que después de haber Elisa Dido aportado en aquel pueblo, hecha ya la fortaleza de Birsa, la ciudad fué dicha Cartago, y comenzó á ser estimada de continuo la magnificencia deste pueblo, tanto que por sus acrecentamientos demasiados vino á ser uno de los principales del mundo, y de los que más pudieron con gentes y con riquezas, y fué tiempo que sus ejércitos y capitanes poseyeron gran parte de España muchos años, como lo veremos en el proceso desta gran obra, y sólo por aquella razón hacemos aquí tan particular memoria della, así en el artículo de las islas españolas donde su gente vino por aquellos días, como también en lo que

después se hallará de lo que hicieron en España, para que sepamos desde aquí su fundación y sus acrecentamientos, juntamente con la razón de su nombre, lo cual todo, según dicho es, fué comenzado á hacer setenta años antes que Rómulo acrecentase ó renovase la gran ciudad de Roma en Italia, como en el décimo capítulo pasado escribimos, conformando la cuenta destes años con los tiempos que Trogo Pompeyo sigue en sus historias, á quien todos los cronistas dan más crédito en este caso de que ahora hablamos; en la cual edad, ó pocos años después, sucedió la venida famosa que las historias cuentan de los otros fenices en Cádiz, como ya queda relatado.

Dicen con esto los que compusieron la crónica de España por mandado del señor rey don Alonso el Sabio, con otros algunos que le siguen, haber sido también por aquella sazón edificada en España la ciudad que llamamos ahora Cartagena sobre las riberas de nuestro mar Mediterráneo, por mandado desta misma dueña que fundó la gran Cartago africana, y que tuvo cargo de los tales edificios un esclavo suyo llamado Carton, el cual fué después hecho libre, y porque libres en latín se dicen ingénuos; esta ciudad se nombró Carton ingénuo, y después Cartagena. Pero cuantos errores en aquello tenga presto lo veremos en los diez y siete capítulos del cuarto libro, donde se dirán los años y tiempos y la nombradía de Cartagena hecha en España por personas y causas muy diferentes de las que nuestras crónicas apuntan. Y por esto la dejaremos ahora hasta su tiempo, y contarémos lo que hicieron aquellos cartagineses africanos sobredichos por las islas españolas, casi en los mismos días que los otros fenices de Cádiz sus parientes ocupaban el Andalucía.

#### CAPITULO XVII.

*De la ciudad y población nueva que los cartagineses africanos hicieron en la isla de Ibiza, y del tamaño, calidad y cosas naturales, dignas de notar que por ella vieron y por otra que llamaban los antiguos Ofusa, cercanas ambas de España y de su jurisdicción.*

Andaban los cartagineses africanos tan crecidos en estos días por mar y por tierra, que poseían en África provincias y ciudades asaz populosas y grandes. En el agua traían armadas muy suficientes, derramadas por diversas partes del mundo, con las cuales no se podría bien contar cuánta felicidad alcanzaban siempre sus cosas y cuánto se mejoraban por allí sus negocios. Conociendo, pues, ellos esta su





buena fortuna, propusieron de llevar adelante cuanto más pudiesen, los tratos de su navegacion, para la cual trabajaban de se meter en cuantas islas pudiesen de nuestro mar Mediterráneo, señaladamente por las que se hacen contra las fronteras de Italia hasta el Estrecho de Gibraltar en España, porque las otras islas de Levante casi todas estaban ocupadas de griegos y ninguno tenía disposición para tocarles en ellas á causa que la gente griega fué por aquella sazón harta poderosa, con presupuesto de no consentir entre sí naciones advenedizas; cuanto más que las tales islas del Poniente bastaban para todos los intentos de estos cartagineses, y si las alcanzasen á tener, allende los intereses crecidos de rentas y gentes que de ello resultaban, tendrían también acogidas muchas y muy necesarias para sus navíos, donde se pudiesen amparar de las tormentas cuando recrecerían, ó de cualesquier otros peligros que sucediesen; y también porque ganadas estas islas acá, sería muy gran aparejo para se meter en las de Levante, y acrecentar allá su potencia.

Con este pensamiento salían á la contina de Cartago capitanes y grandes armadas sobre la isla de Sicilia, que caía poco más al través de su ciudad; lo mismo hacían sobre Cerdeña y sobre Córcega, y juntamente sobre las otras cercanas y pertenecientes á España, de las cuales la primera donde tocaron fué la isla de Ibiza, que llamaban Ebuso. Donde después de haberla bojado ó navegado por todo su contorno, halláronla rodeada de baxíos y pizarras dañosas á los mareantes, sino fué contra la vuelta de Mediodía, que dieron en un puerto mucho bueno, grande, hondo y abrigado; cerca del cual en un risco bien alto y bien fuerte de su ribera, fundaron una ciudad que llamaron del apellido de la misma isla Ebuso, puesto que después andando los tiempos le vinieron á decir Ibiza, y ahora muy más corrupto el vocablo, la llaman Ibiza, que fué la primera villa de toda ella, cuya fundación comenzó casi en el año de 663, primero que nuestro Señor Jesucristo naciese, cuando se contaron juntamente 160 años después que Elisa Dido entró en la ciudad de Cartago, y 1500 cabales después de la población de España. Después de aquella ciudad Ebuso, pudieron los cartagineses conocer presto la manera toda dentro de la isla; halláronla bastecida de montañas y arboledas, en especial de pinares crecidos, á cuya causa los cosmógrafos griegos que después escribieron de ella, la nombran en sus libros Pitiusa, que quiere decir pinosa, porque Pitiusa en aquella lengua significa pino. Parecióles tam-

bien apacible y poco costosa para la conservación sin cargo de mucha gente, por ser atropada y bien compuesta, y tan pequeña que no pasaba de cinco leguas en todo su derredor, y las pizarras de los baxíos que primero tuvieron á mal en el contorno, después fueron tenidas á mucho bien y de gran provecho, por causa que siendo los cartagineses señores del puerto principal, no hallarían los corsarios ó los enemigos cuando por allí viniesen, acogidas ni cubiertas donde se les pudiesen esconder. Sobre todo les agradó mucho la comarca, por estar del un cabo cercana de las riberas africanas, donde tenían ellos su naturaleza; del otro cabo caía no muy lejos de la isla de Cádiz, donde ya sabían estar avecinados muchos de aquellos fenices de Sidon y de Tiro, parientes suyos y de su linaje, por razón de haber sido Elisa Dido y los otros que vinieron con ella, de quien ellos descendían, naturales de Tiro; y estas dos islas caían tan cercanas, que desde la una hasta la otra no ponían más jornada que tres días de moderada navegacion, y desde lo más cerca de España á Ibiza camino solamente de un día, conforme también á lo que vemos en este nuestro tiempo, donde los navegantes no tasan desde Ibiza hasta el cabo de Denia, en la tierra firme de España, más de veinticinco leguas, ó según la cuenta de Plinio, tanto trecho poco más ó menos, cuanto hallan desde Cartagena hasta Denia, que son veintinueve leguas justas.

Conocieron eso mismo los cartagineses ser las marinas de Ibiza muy aparejadas para la granjería de la sal, de que tiene gran abundancia; la cual ellos comenzaron á labrar, sacando crecidos y continuos intereses, como también ahora se hace, llevándolas por diversas partes del mundo. No hallaron en ella serpiente ni lagarto, ni culebra, ni víbora, ni hasta los días presentes alguno los vió por allí jamás, tanto que si de cualquiera otra parte le traen animal ponzoñoso, poniéndolo dentro se muere luego sin tardar; y si llevan tierra desta isla para los lugares donde se crían semejantes coxios, cuantos en ella tocan perecen brevemente; por manera, que la hizo Dios ponzoña contra la ponzoña. Mas como la naturaleza sea de continuo maravillosa, con diversidades crecidas en sus obras, no pasaron muchos días que cerca destas comarcas descubrieron los cartagineses otra más pequeña, tan llena de culebras y bestias ponzoñosas, que por bajo de la tierra parecían hervir ó manar; á cuya razón ni se pudo morar, ni jamás hombre nacido tuvo deseo de quedar en ella. Esta llamaron los cosmógrafos griegos Ofiusa, que quiere decir serpentina. Los latinos después adelante cuan-



## CAPÍTULO XVIII.

*Cómo la población llamada Zancle, fundada por los españoles en Sicilia los tiempos muy antiguos, perdió su primer apellido, y fué nombrada Mesana, la cual ahora decimos Mecina; cuéntase más el estado que tuvieron aquellos días los españoles forasteros cuando moraban en aquella tierra siciliana.*

En aquellos días mismos cuando los cartagineses africanos procuraban estos negocios en Ibiza, que fué cuando también los griegos contaban el tiempo de la veintinueve Olimpiada, permanecían muchos españoles antiguos en Sicilia, de la casta que dijimos en los veintidos capítulos del primer libro llamarse sícanos, gente muy arraigada por aquella región, de los cuales (pues eran españoles naturales) conviene relatar en esta crónica de España los acontecimientos que de ellos cuentan otras historias, así prósperos como siniestros. Dicese, pues, que como los días pasados algunos griegos recién venidos en Sicilia hubiesen tratado mal á los españoles vecinos de Siracusa, despojándolos de ella, y áun de muchos lugares y tierras que poseían en aquella comarca, según declaramos en los doce capítulos pasados; no pudieron hacer otro tal daño, dado que lo procuraron diligentemente contra los españoles moradores en Zancle, la que decimos ahora Mecina, por estar éstos recatados, y puestos en gran aviso con la persecucion de los otros, y hallarse bien reparados de muros y de toda defensa, con que sustentaban su libertad, y competían con cualesquier otras personas que presumían aventajarseles; particularmente traían en este tiempo sobredicho pundonor grande con un tirano su frontero, que pocos días antes había sojuzgado por fuerza la población de Rijoles en Italia, tan junta de Zancle, que se puede bien ver, y solamente se dividen con un brazo de mar estrechísimo. Este tirano de Rijoles llamado Anaxilas por nombre propio, cuyos progenitores, dado que fuesen parte de ellos nacidos en aquella tierra de Rijoles, eran descendientes de cierto caballero griego, nombrado Alcídame, natural de Mesana, ciudad antigua de la Morea. Los vecinos de esta Mesana y su comarca trajeron veinte años continuos guerra cruel con otra gente muy poderosa, también de Grecia, que se decían los lacedemonios, y fueron de ellos vencidos tantas veces, y tan maltratados en todas estas victorias, que no pudiendo resistir á tan recios adversarios, tomaron navíos, y desampararon aquella tierra con sus mujeres y hijos, y con todas las alhajas que pudieron llevar,